

La Calentura

Drama fantástico en un acto
José Zorrilla

Personajes

Florinda
Don Rodrigo
Theudia
El Moje Romano

Al Señor Don Leopoldo Augusto de Cueto, encargado de negocios por S. M. C. en Dinamarca.

Querido Leopoldo: Te dedico esta obrilla, cuyo manuscrito te envío, para que lleves á Dinamarca un recuerdo de nuestra última entrevista. Al hojearle en Copenhague, acuérdate de tu mejor amigo.

José Zorrilla

Madrid, 3 de octubre de 1847.

Acto único

Cabaña del monje ROMANO

Escena primera

ROMANO, *solo*.

ROMANO

Señor, Tú, que al más mezquino
gusano infundes aliento
para que pueda contento
cumplir su vital destino;
Tú, cuyo soplo divino
á cuanto crece y respira
fe en tu omnipotencia inspira,
no dejes que sólo el hombre
tu poder tenga y tu nombre
por una inútil mentira.

Fué rey, y se ve sin trono;
noble, y se ve sin honor;
soldado, y perdió el valor.
¿Qué le resta en su abandono?
Doquier cree tu eterno encono
ver; nadie en su mal le abona;
todo el mundo le abandona;
vuelve ¡oh Dios! al que olvidado
se ve rey, noble y soldado,
sin valor, honra y corona.

Jesús, hijo de María,
Redentor del universo,
por el justo y el perverso
expiraste el mismo día.
Duélete de su agonía,
por la que en la cruz sufriste,
y que no imagine el triste
que si por todos bajaste,
al desdichado olvidaste
y al pecador redimiste.

Mas ya es de noche; el nublado
espesa; brilla la llama
del relámpago; el mar brama
á lo lejos irritado.
¡Infeliz! Él, descarriado,
ni aun verá los elementos
turbarse, y á pasos lentos
cruzando el monte sin tino,
lo arrastrará el torbellino
de sus tristes pensamientos.

En fin, Dios cuidará de él.
Nada se puede esperar
de tan intenso pesar
ni de infortunio tan cruel.
Henchido tiene de hiel
su corazón, y enemigo
siempre invencible, consigo
le lleva siempre. (*Escuchando*) Ya creo
que sube.. Pero, ¡qué veo!

(*Entra THEUDIA embozado*)

¿Quién es?

THEUDIA

(*Mostrándose*)

Un antiguo amigo.

Escena II

ROMANO y THEUDIA

ROMANO ¡Theudia!

THEUDIA Yo soy, buen anciano.

ROMANO ¡Qué os vuelvo á ver!

THEUDIA ¡Ay de mí!

Por imposible lo dí,
mas Dios me dió su mano.

ROMANO Decís bien, Dios está en todo;
y pues os trae á mi amparo
segunda vez, está claro
que es el mejor acomodo.
Ea, sentaos; tomad

posesión de mi chozuela;
(*Siéntase THEUDIA á la lumbre*)
calentaos; ¿no os consuela
esa llama?

THEUDIA Sí, en verdad.

ROMANO Acercaos más; así.
¿Traeréis hambre?

THEUDIA De dos días.

ROMANO Viandas hay, aunque frías.
THEUDIA Dadme; aun hay calor en mí
que suplirá al de la lumbre,
y comer frío no daña
á quien trae de la campaña
la privación por costumbre.

ROMANO Entrad, pues, á ese pastel,
como si fuera á una plaza
enemiga.

THEUDIA ¡Buena traza
tiene!

ROMANO Pues, firme con él.

AQUÍ TENÉIS UN VASJO
 con vino añejo de Oporto..
 THEUDIA Padre, me dejáis absorto.
 ¿Aquí vino?
 ROMANO Bebed, hijo;
 (THEUDIA *come y bebe*)
 gozad el bien que os, da Dios,
 y aprended que en Él tan sólo
 no cabe falta ni dolo;
 y pues os crió, de vos
 cuida su paterna mano,
 porque sin su voluntad
 no bulle en la inmensidad
 ni el átomo más liviano.
 THEUDIA Anciano, tenéis razón,
 y nadie en su gran poder
 mayor fe puede tener
 que Theudia en su corazón.
 Sí, padre; yo he visto al hombre
 en su agonía mil veces,
 y siempre le oí con preces
 invocar su santo nombre.
 No hay mercader tan infame
 ni tan blasfemo soldado,
 que, por la muerte llamado,
 á Dios muriendo no llame.
 Y tal vez al pensamiento
 que puse una noche en Dios,
 debo el hallarme con vos
 aquí, y en este momento.
 ROMANO Os creo, Theudia; sin duda
 os creo; porque los males
 son recuerdos celestiales
 con que nuestra fe, se ayuda.
 (THEUDIA *aparta la vianda*)
 ¿No más?
 THEUDIA Soy sobrio, aunque godo;
 mas el hambre y el cansancio,
 por la pasta y por el rancio
 me han hecho olvidar de todo.
 Dios me perdone. Ahora, hermano,
 decidme..
 ROMANO No os fatiguéis
 en preguntas.
 THEUDIA ¡Oh! ¿Sabéis
 de él?
 ROMANO Sí sé.
 THEUDIA ¡Dios soberano,

gracias! Ya desconfiaba
de volverle en vida hallar.
¿Quién es de él? ¿Quién hace?

ROMANO

Vegetar

como una planta que traba
raíces en un peñón,
por un turbión producida,
y espera, al peñasco asida,
que la arranque otro turbión,
¡Infeliz! ¿Cuánto ha que vino?

THEUDIA
ROMANO

Tres meses ya. Todavía
era de noche, y dormía
yo aún, cuando un repentino
golpe en la puerta asentado,
estremeció la cabaña.
Tal visita era harto extraña,
y acudí sobresaltado.
Abrí, entró; sombrío, mudo,
avanzó con lento paso;
colgó, sin hacerme caso,
espada, casco y escudo
en el pilar; se metió
en la pieza que ocupaba
la otra vez, y como estaba,
sobre una piel se tendió.
Durmióse al Punto. ¡Ay de mí!
¡Cómo venía el cuitado!
Herido, roto, embarrado:
lloré cuando tal le vi.
Llaméle, mas no dormía:
fuerza febril le sostuvo
hasta llegar; mas cuando hubo
el fin que se proponía
tocado, le abandonó
su vigor calenturiento,
y en un aletargamiento
anonadado cayó.
La hambre, el pesar, la fatiga,
que al par en él presa hicieron,
vi que á la par le rindieron.
Con solicitud amiga
desnudóle, y le abrigué
de unas pieles al calor;
espiritoso licor
vertí en su boca, y dejó
que con el sueño cobrara
las fuerzas que abandonado
le habían; me eché á su lado,

THEUDIA y esperé á que despertara.
 ¡Oh, buen amigo, dejad
 que os bese la noble mano!
 ROMANO El infeliz, yo cristiano,
 cumplí con la caridad.
 THEUDIA ¡Bendígaos Dios!... Mas, seguid,
 seguid.
 ROMANO El sol se ocultaba
 ya, cuando él se despertaba
 poco á poco.
 THEUDIA Y ¿qué hizo?
 ROMANO Oid.
 Tendió una vaga mirada
 en torno de sí; me vió,
 y el infeliz sonrió
 sin poder decirme nada;
 porque al hallar un amigo
 que lloraba junto á él,
 su suerte vió menos cruel,
 y echóse á llorar conmigo.
 THEUDIA ¡Oh! Se comprende muy bien.
 ROMANO Vistióse; tomó alimento,
 y oramos por un momento.
 Hízolo él como quien
 pone en Dios una fe santa,
 y en alas de su oración,
 entero su corazón
 al trono de Dios levanta.
 Tranquilo después le vi,
 y tendiéndome la mano,
 dijo: «Ya lo veis, hermano,
 vuelvo á vos, mirad por mí.»
 De entonces acá, ni aun tiene
 voluntad: orad, le digo,
 y se arrodilla conmigo;
 id ó venid, y va ó viene.
 THEUDIA ¿Y nunca os dijo...?
 ROMANO Jamás;
 como en el tiempo pasado,
 en silencio se ha encerrado,
 y yo nunca quise atrás
 la vista hacerle volver,
 por no renovar la herida
 que el recuerdo de su vida
 le debió en el alma hacer.
 Mudo así, pero tranquilo,
 vive, y tengo á buen consejo
 dejarle, como le dejo,

vivir quieto en este asilo.
Mi hospitalidad recibe
con gratitud, no desdeña
bajar al monte por leña,
sacar agua del aljibe,
encender fuego, arreglar
los trastos, de la cabaña;
nada le ofende ni extraña;
conmigo vive á la par,
todo á ambos es común.
Para él pedí á mi convento
más nutritivo alimento;
se lo sirvo; pero aún
no ha dado señal ninguna
de ver sí hay más que agua y pan
come de lo que le dan,
sin notar mudanza alguna.
Mas á veces, como á impulso
de algún vértigo arrastrado,
sale desalentado
de la cabaña, y le llamo
en vano; de risco en risco
huye montaraz, arisco,
como un acosado gamo
que huyendo va del ojeo,
y metido en la espesura
se está, hasta que cierra oscura
la noche. ¡Ay! Entonces veo
en su cara macilenta
y el cansancio que le abate,
las huellas de la tormenta
interior que le combate.
Le hago orar, y se consuela;
mas bajo el sayo eremita
la sangre Real se le irrita
y el corazón se revela.
Hoy tarda ya. El desdichado,
hoy, como nunca sombrío,
me dijo: «Orad, padre mío,
por este desventurado.
Orad más que ningún día
hoy, porque yo os aseguro
que es el día más oscuro
que hay en la existencia mía.»
¿Hoy? ¿Quién sabe el día fijo
á su recuerdo más cruel?
¡Son tantos! Padre, por él
oremos.

THEUDIA

ROMANO Oremos, hijo.
(Al irse á arrodillar ambos, THEUDIA, que escucha, detiene al

Ermitaño)

THEUDIA Mas aguardad un momento,
pues, ó me engañó el oído,
ó á lo lejos he creído
oír un grito.

ROMANO Fué el viento
de la tempestad acaso.
(Abre la puerta del fondo; se ve relampaguear)
Ved cómo el nublando avanza.

THEUDIA Mi oído es fino, y alcanza
de alguno que sube el paso.

ROMANO Tenéis razón; es su huella,
la reconozco.

(Óyese muy á lo lejos un grito lúgubre)

THEUDIA ¡Dios santo!
¿Qué grito es ese?

ROMANO Es de espanto,
de agonía.

THEUDIA ¡Ah, si se estrella
algún barco!

ROMANO Vamos, pues,
al mar; tal vez tiempo haya
de atraer hacia la playa
al náufrago, si lo es.

(ROMANO y THEUDIA van á entrar, ROMANO delante. DON RODRIGO sale al mismo tiempo, y encarándose sólo con ROMANO, sin reparar en THEUDIA, le dirige la palabra. THEUDIA permanece en el fondo.)

Escena III

Dichos y D. RODRIGO

RODRIGO Padre, no os mováis de aquí;
no, no es náufrago el que grita.

ROMANO ¿Quién es?

RODRIGO La sombra maldita
que viene detrás de mí.
Cerrad, cerrad.

ROMANO Son antojos
que os forja algún desvarío.

RODRIGO No; oí Su voz, padre mío,
y la he visto por mis ojos.
Como un pájaro marino,
como un vapor, avanzaba
por sobre el mar, que la daba
sobre sus ondas camino.
Á la torva claridad
de un relámpago la vi.

¡Maldita sombra! ¡Ay de mí!
Me la trae la tempestad.

(DON RODRIGO *se sienta junto á la lumbre, tapándose la cara*

con las manos)

ROMANO
(Á THEUDIA)

Aun no ha reparado en vos;
no os mováis de ahí.

(Á D. RODRIGO)

Hijo mío,
con ese vértigo impío
luchad; acudid á Dios.
¡Ay, padre! Dios no me escucha,
y á Satanás á la tierra
ha enviado á moverme guerra,
y es desigual esta lucha.
Yo á todo mi ánimo apelo,
pero por grande que sea,
¿quién, quién á un tiempo pelea
contra sí mismo y el cielo?
Ya os he dicho esta mañana
que hoy era mi día aciago,
y témome algún estrago
contra el que mi fuerza es vana.

ROMANO

RODRIGO

Indigna superstición,
hija de la fantasía.
Del acíbar que se cría
en mi triste corazón.
Hija de la sangre amarga
que por celestial sentencia
envenena mi existencia,
cuanto más triste, más larga.
¿Qué me resta ya que hacer?
Llamó al cielo y no me oyó;
me mostré á la tierra, y no
me quiso reconocer.
Sí, sí; ésta es la misma hora
del crimen; éste el fatal
día de tan criminal
aniversario, y ahora
la sombra debe venir
á mis puertas á llamar,
sin que la pueda ahuyentar...;
dejadme, pues, sucumbir.
Del África viene, sí;
yo la he visto balancearse
sobre el agua, y acercarse
á la playa contra mí.

ROMANO
RODRIGO

¿No habéis oído en la calma
nocturna un horrendo grito?
Fué el espíritu maldito
que viene á pedir mi alma.
Serenaos, don Rodrigo.
Jamás me llaméis así;
bajo este nombre perdí
todo cuanto tuve amigo.
Solo en la tierra me hallo;
pereció cuanto leal
era á ese nombre fatal,
¡hasta mi último caballo!

(DON RODRIGO *se levanta, transportado por los recuerdos á los tiempos pasados.*
Varía de carácter, hasta volver á caer en su desvarío al fin de esta escena. -Depende del actor)

Un generoso corcel
con paramentos de malla;
todo un corcel de batalla.
¡Qué bizarro iba yo en él!
Sobre él, de venganza rayo,
encerrado en mi armadura,
llegué en una noche oscura
al campo de don Pelayo.
Con él, al pie de una encina,
pasé aquella noche horrenda,
y abrigo, falto de tienda,
le di con mi capellina.
Apenas el alba nueva
por el Oriente asomaba,
ya sobre él caracoleaba
por las márgenes del Deva;
y al escuchar los clarines
del feroz morisco bando,
su noble raza mostrando,
bufó y erizó las crines.
Al combate me lancé
sobre él; con él me metí
entre los moros, y á mi
sabor los alanceé.
Tras de su tropel impío,
cuando ya huían deshechos,
tenaz se arrojó de pechos
conmigo en mitad del río.
La corriente nos llevó;
llegué yo, hiriendo y matando,
hasta Causegadia, cuando
el monte se desplomó.
Cuantos árabes delante

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

